

Claudio Damiani: emoción y grandeza de lo cotidiano

“**D**amiani —escribe Alessandro Moscè— es el poeta de los encantos y de una autenticidad infantil que lo obligan a expresarse dentro de una escritura certera, humilde, nunca amanerada.” Ya desde la publicación de su primer libro, *Fraturno* (1987), Claudio Damiani elige unas formas expresivas, frescas y claras, gracias a las cuales logra liberarse de la influencia del experimentalismo acentuado de los epígonos de la neovanguardia. El mundo del poeta necesita, para su existencia, una segura intimidad de afectos y amores que son los de su entorno familiar, y se nutre de la capacidad de maravillarse de todo lo que nos rodea: el jardín, el nogal, el pequeño gato, el gorjeo de los pájaros, el zumbido de los insectos, los rincones más oscuros y escondidos, todas las cosas sencillas de cada día. Y todo está dicho con una levedad y una gracia inusuales en la poesía italiana de estas últimas décadas, lo que no excluye la presencia de “una melancolía ligera, una duda de fragilidad, como si a los seres de la naturaleza debiera faltar de un momento a otro el consuelo, la proximidad sentimental que preserva del aislamiento y de la soledad” (Roberto

Galaverni). Con su último libro, *Attorno al fuoco* (2006), después de la narración del pasado, de sus padres, de la tierra y la ciclicidad de las historias, el poeta entra en el presente, en la guerra total, donde todos son soldados. Aquí ya no hay héroes, sino combatientes que ignoran el porqué de todas esas bombas que caen del cielo. ~

CLAUDIO DAMIANI (San Giovanni Rotondo, 1957)

Vive y trabaja en Roma. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Fraturno* (Roma, 1987), *La mia casa* (For-te dei Marmi, 1994), *La miniera* (Roma, 1997), *Eroi* (Roma, 2000) y *Attorno al fuoco* (Roma, 2006).

Y yo me había quitado la chaqueta
y me había tendido sobre la cama
esperando que el tiempo pasara
con la amargura en el corazón.
E imaginé que estaba viejo

y tú también estabas vieja,
y nos veíamos, nos encontrábamos
y podíamos sentarnos, y hablar
estando juntos, sin ya el deseo de amor.
Y tú me contabas de cómo habías sufrido
después de que nos dejáramos,
durante cuántos días te sentías un autómata
que te movías sin tener la vida
y te sentías como si te hubiesen quitado
los pulmones, y no podías respirar.
Y yo te contaba cómo caminaba
y me arrastraba de una habitación para otra
con una bola de plomo atada al pecho...

Sí, fue así, y mirábamos las cosas
alrededor de nosotros, cosas sencillas, hojas
que se desprendían de los árboles en el primer otoño
y otras que ya habían caído,
niños que corrían gritando
y árboles que estaban inmóviles, cerca de nosotros, en su sitio.

SI EL TIEMPO se deslizara sin herir,
si no hiriera, sino que sólo se deslizara,
si pudiera estar siempre así, como ahora, en el jardín
escribiendo, con los árboles que crecen a mi lado
—también la hierba ha crecido, y tendré que cortarla—,
si no fuéramos obligados a elegir
o a preocuparnos, por nosotros o por nuestros queridos...
pero no es así... el tiempo pasa y corta como un hacha
y luego vuelve igual, se seca la sangre veloz
y vuelves a encontrarte en el mismo jardín, con las mismas plantas,
en un tiempo tardío, después que ocurrió todo
y sin embargo está todo tan fresco, y no quisieras pensar en nada,
quisieras abandonarte al gorjeo de los pájaros,
quisieras dormirte en la sombra.

Yo sólo sé estar solo
en este jardín,
sé escuchar los pájaros sobre las ramas
y los zumbidos de los insectos atentos,
sé sentir la hierba que crece
y la estación que avanza,
sé sentir cuánto tiempo ha pasado
y cuánto aún tendrá que pasar,
sé ver cómo está limpia la grava
a pesar de lo que ha ocurrido,
sé oír tus pasos que se acercan
de niña y de mujer, que no hacen ruido,
sé sentir mi familia partida
cortada con un hacha
luego renacida como los brotes en los pies de los troncos,
como la cola de las lagartijas.

LA CASA está cerca del mar
pero no lo ve.
Hay un camino blanco, la encuentras a la derecha,
es baja, con un solo piso,
hay como una pequeña terraza sobrelevada
con unos frascos de albahaca
menta y otras hierbas aromáticas.
La casa está deteriorada
pero no está abandonada.
Está todo muy limpio.
Se siente el olor del mar, también su ruido.
En la casa no hay nadie.
Caminas y sigues
ves las hojas brillar,
sientes el balanceo de las olas
y no quisieras alejarte,
quisieras quedarte en aquel sitio para siempre
y dejarte acunar.

Es UNA guerra donde no hay que combatir,
caen bombas, y nada más,
te alcanzan en la calle, en la frutería,
en los cines, en los supermercados, en los lugares de trabajo,
también en casa: entran por la ventana
y te estallan en la cara.
Incluso si te contruyes un búnker
cien metros bajo tierra,
con las paredes de acero, con las puertas de diamante,
también allí las bombas te alcanzan.
Pues la gente no va a los refugios,
ni está en casa, ni procura esconderse
sino que hace todas las cosas, como si fuera todo normal,
sale del trabajo, va al bar, sale a divertirse
como si fuera todo normal
como si fuera todo como antes.

CÉSAR

César viene por la tarde y se sienta en la calle.
Camina mal porque cojea,
tiene una pata entumecida
porque ha sido apaleado por su dueño.
Ahora no tiene dueño,
vaga de aquí para allá por el pueblo,
creo que le dan de comer
porque no pide nada, se pone allí sentado
y se queda tranquilo.
Tiene unos ojos tan tristes
que, si lo miras, te echas a llorar.
Quizás tiene garrapatas, y así no lo tocamos
pero quisiéramos acariciarlo

y quisiéramos apretarlo
de tan bueno y hermoso que es
y quisiéramos decirle: César,
no eres el solo que estás abandonado,
también nosotros, aunque no parece,
todos nosotros lo estamos
y vagamos de aquí para allá por el pueblo,
nos sentamos en medio de la calle
y cuando pasa un coche
nos levantamos lentamente y nos apartamos,
arrastrando nuestra pata entumecida
sin protestar, sin decir nada.